

CRONICA TEATRAL

DE RENATO VALENZUELA

"Deja que los perros ladren"

Cerrando su tercera campaña de obras chilenas, el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica ha estrenado, en la Sala Camilo Henríquez, "Deja que los perros ladren", comedia de Sergio Vodanovic, que compartió con "Una luz en la lluvia", de Roberto Sarah, el primer premio del concurso que realizara en 1958 el mencionado grupo de comediantes.

Sergio Vodanovic es, entre los autores de la nueva generación, uno de los que acusan mayor dominio del oficio. Luego de revelar con su primera pieza ("El senador no es honorable") facultades nada comunes en lo que se refiere a construcción, pintura de personajes, destreza en el manejo de la intriga y fluidez en el diálogo, incurrió en el teatro decididamente cómico, y con igual fortuna, al escribir un vodevil ("Mi mujer necesita marido"), de abundante ingenio, picardía y situaciones reideras, el que, al mismo tiempo, lo mostraba por la fértil imaginación de la farsa y por su habilidad técnica para desarrollarla, como un comediógrafo de propias y anchas dotes creadoras.

Tras otra producción de índole festiva ("La cigüeña también espera"), Vodanovic nos presenta, ahora una nueva comedia, estrechamente enraizada con las ideas de "El senador no es honorable", aunque mucho más directa y luminosa como mensaje, y más pulimentada como factura. "Deja que los perros ladren" viene a significar una feliz experiencia de este joven autor dentro del teatro social, enmarcado en la verdadera acepción del adjetivo.

Aunque el asunto ha sido tratado innumerables veces por los comediógrafos europeos del siglo pasado y de comienzos del presente, la crítica apuntada por Vodanovic a nuestra sociedad actual es oportuna, certera y rezuma tremendas vivencias del hombre de nuestro tiempo. "Deja que los perros ladren" nos recuerda el teatro de polémica social de Bjornstjerne Bjornson, dramaturgo noruego, contemporáneo de Ibsen, quien fustigó también en sus obras la prevaricación, los torcidos manejos de los políticos y la utilización nociva del periodismo sensacionalista, mostrando en su drama "Una quiebra", un caso parecido al de la pieza de Vodanovic, en el que un jefe de familia se ve ahogado dentro de sus turbios manejos económicos, comprendiendo, a la postre, que el único madero salvador es el trabajo honrado, y accede en casar a su hija, con un hombre modesto, pero laborioso.

Hace treinta años, Marcel Pagnol hundía también el bisturí sobre el corrompido mundo de las finanzas de Francia, con su elegante y satírica farsa de "Topaze". Incuestionablemente, el tema es eterno, y su validez ha sabido aprovecharla el comediógrafo chileno que nos ocupa, con singular acierto y valioso dominio de los resortes escénicos. Ha dibujado caracteres con dotes de agudo observador de los hombres de nuestro medio. Al protagonista y a su hijo los hemos encontrado infinidad de veces en Santiago, lo mismo que al Ministro y al director del tabloide. Los cuatro muestran un realismo inobjetable. Y junto a ellos, la figura de la esposa y madre, íntegra, derecha y llena de nobleza interior, da a la comedia una nota elevada y dulce de alta significación.

Una cuidada labor directiva de Pedro Mortheiru ha permitido a los actores del Teatro de Ensayo obtener ancho partido de sus respectivos papeles. Silvia Piñeiro encarna la esposa con una simplicidad de recursos y una sinceridad expresiva de gran comediante. Convincentes, a través de una sobria naturalidad, Mario Montillos, Justo Ugarte y Mario Hugo Sepúlveda. El muchacho animado por Héctor Noguera adquiere en la figura del joven actor su estampa precisa; mas, no sucede lo mismo cuando habla. La dicción de este aventajado alumno de la academia del TEUC es todavía defectuosa y debe corregirla.

La escenografía de Detmer Aising, por su cabal propiedad y buen gusto, merece ser destacada entre los factores de primer plano en el éxito de esta comedia chilena.

R. V.